

El cuarto diagnóstico

Capítulo I

John McSilvie había bebido aquella noche, otra vez, más de la cuenta. Era perfectamente consciente de que el abuso del alcohol no hacía más que acrecentar las migrañas que constantemente le aquejaban, pero a esas alturas de su vida consideraba que las migrañas eran el menor de sus problemas.

A sus 37 años, acababa de ser despedido de la empresa en la que trabajaba. De nada sirvió que el presidente de la compañía fuera amigo íntimo de sus padres. Ni siquiera se planteaba una cruda realidad: el despido había sido totalmente justificado. Simplemente, John se regodeaba en aquella desgracia, como en tantas otras que componían su trayectoria. Tampoco se culpaba de su sistemático abuso del alcohol. Como todos en su situación, pensaba que todo se debía a una combinación de mala suerte e injusticias de las que él era solamente una víctima.

John se veía a sí mismo como un reflejo de su propio fracaso. No había conseguido formar una familia, se encontraba sin trabajo, dependiendo siempre de las aportaciones que sus padres le daban para sobrevivir. Su futuro se presentaba tan vacío como su pasado y su presente. Y, lo que era peor, estaba convencido de que aquello no tenía arreglo posible. El ciclo de su vida no mejoraría jamás. No había nada ni nadie, empezando por sí mismo, pudiera hacer nada para salir de aquel miserable pozo sin fondo en el que se hundía cada día más.

Le acompañaban en aquel pub irlandés George, su amigo y ahora ex-compañero de trabajo, y el camarero, ambos tratando inútilmente de levantar el ánimo de John. Éste no escuchaba nada de lo que le decían. La maldita migraña y el exceso de alcohol le impedían mantener una conversación. Como toda respuesta, John sólo decía una y otra vez que se quería morir. Sólo quería morir.

Así transcurrieron las horas hasta bien entrada la madrugada. Las calles estaban ya desiertas y el camarero anunció que había llegado la hora de cerrar, invitando a sus clientes a salir del local.

Mientras el camarero se quedaba recogiendo y ordenándolo todo para el día siguiente, John y

George salieron a la calle. George, preocupado por su amigo y por el deplorable estado en que se encontraba, se ofreció a llevarlo en su coche. John declinó la oferta. Prefería caminar, dijo, para despejarse un poco y aliviar aquel insoportable dolor de cabeza. Su amigo insistió hasta donde pudo, pero finalmente aceptó a regañadientes la negativa de John, que echó a andar después de despedirse.

Con una botella mediada de whisky en la mano, John se alejó sin rumbo fijo. Los pensamientos oscuros volvieron a su mente: su situación laboral, sus migrañas, sus continuos fracasos, su familia... Su madre sufría viendo cómo John, de carácter débil, no conseguía encauzar su vida; su padre lo hacía constante blanco de sus críticas y reproches; su hermano, que era quien llevaba la empresa familiar, procuraba ignorarlo y tratarlo como un problema menor. Para ellos era ese ser despreciable, inútil y desaseado al que consideraban una carga. Afortunadamente, la privilegiada situación económica de la familia McSilvie permitía a sus padres y a su hermano mantener la conciencia tranquila con esporádicas entregas de dinero. Sabiendo que John tenía cubiertas sus necesidades elementales, se sacaban el problema de encima y todos vivían relativamente tranquilos. Esa situación, que para muchos hubiera sido positiva, o cuando menos aceptable, era tremendamente humillante para el propio John. Él nunca había pedido ni deseado esa ayuda, si bien la había venido aceptando por una cuestión de pura supervivencia. Sentía que para su familia no era más que una carga; una carga más bien barata, dada la deasahogada situación económica de sus padres, pero una carga a fin de cuentas. Pensaba John que, en caso de desaparecer él, no lo echarían de menos. Acaso su madre sufriría durante un par de meses, pero pasado ese tiempo, se sentiría quizás aliviada por deshacerse del hijo fracasado.

Entre trago y trago de whisky, John volvió a pensar en la muerte como la mejor opción para salir de aquella insufrible situación. Tras media hora de caminata, se encontró con un largo puente bajo el que pasaba el principal río de la ciudad. Apoyado en la barandilla, con la mirada perdida, comprendió que jamás sería capaz de reunir el valor necesario para suicidarse.

Se sentó en el borde de la barandilla, mirando hacia el asfalto, frustrado, mareado y adormecido, en

un estado de confortable semiinconsciencia del que deseaba no salir jamás. Era el mejor estado en que se podía encontrar, pensaba, tan borracho que la realidad por fin daba paso a una especie de anestésica sensación en la que su mente parecía relajarse y desaparecer. “Así debe ser la muerte”, llegó a pensar.

Frente a él se detuvo una enorme limusina blanca. John la percibió entre brumas, sin ser muy consciente en un principio de si aquello era una realidad o el principio de un mal sueño. Comprendió que todo estaba sucediendo realmente en el momento en que del vehículo bajaron dos personas y se encaminaron directamente hacia él.

– Este tipo nos puede servir -oyó cómo decían mientras lo cogían cada uno por un brazo y lo introducían delicadamente en la limusina.

– Si tenéis intención de matarme -dijo McSilvie-, hacedlo. Por mi parte no hay ningún problema. Sólo os pido que no me hagáis sufrir. Que sea de una forma rápida y sin causar dolor.

Los hombres se miraron entre sí, extrañados por la respuesta y por la falta de resistencia.

No tenemos intención de matarte -respondió uno de ellos.

– Al contrario -aseguró el otro-, lo que te ofrecemos es cambiar para siempre tu forma de vida. Mejorarla de una manera drástica.

– Eso es imposible -negó John-, aunque si queréis intentarlo tenéis mi permiso. No veo cómo podría estar peor de lo que estoy. No tengo nada que perder. Haced conmigo lo que queráis.

La limusina arrancó y realizaron en silencio el corto trayecto. Al cabo de unos minutos llegaron a la entrada de un parking privado. La puerta del garaje se abrió automáticamente y el vehículo se introdujo en él. Dos personas, vestidas como enfermeros, sacaron a John del coche y lo acostaron sobre una camilla. Él los dejó hacer sin decir una sola palabra ni oponer ningún tipo de resistencia. Convencido, sin saber muy bien el porqué, de que cumplirían su palabra de no hacerle ningún tipo de daño físico, John se dejó llevar en aquella camilla. Ni siquiera en ese momento sintió la necesidad de preguntar qué pensaban hacer con él. Un simple razonamiento le hubiera llevado a

sospechar seriamente de las intenciones de aquella extraña gente y de su comportamiento, pero John no estaba en condiciones de razonar. Por otra parte, tenía la sensación de que nada podían hacer que pudiera empeorar su destino. La promesa de que mejorarían notablemente su modo de vida, en el estado en que se encontraba, parecía una posible salida y decidió aferrarse a aquella posibilidad. En la nebulosa que envolvía su mente, aquella promesa abría un camino de luz. Por algún extraño motivo, John sentía que podía confiar en ellos. Sus gestos, las pocas palabras que habían intercambiado con él, la limusina, todo aquello le inspiraba una sensación de seguridad.

Con todo, John, todavía mareado y con el cerebro embotado por la migraña, apenas era consciente de la situación, que seguía percibiendo de una manera muy confusa.

Le condujeron a una sala grande, limpia e iluminada con una luz más bien tenue, llena de extraños aparatos que tenían todo el aspecto de ser los propios de una clínica, o de un hospital. Allí, los camilleros le dejaron en una esquina de aquella sala. A los pocos segundos apareció un hombre, cubierto con una bata blanca, que se presentó como Dr. Matt. En un tono amable y profesional le explicó que le pondría una inyección. Un sedante, dijo, que permitiría a John dormir plácidamente.

– Usted descansará y mañana, a las nueve en punto de la mañana, volveré para iniciar el proceso. Ahora descanse. Mañana -añadió- le contaré con detalle todo el proceso de su tratamiento.

John durmió toda la noche, tal como le habían anunciado. Tuvo un extraño sueño en el que veía al Sr. Ellis, el jefe de personal que acababa de despedirle de la empresa. Ellis no paraba de gritarle, pero curiosamente John no percibía aquel sueño como una pesadilla. También soñó con su familia. Con su padre repudiándole, con el desprecio de su hermano, con el sufrimiento y los reproches de su madre. Y también en ese momento lo veía todo desde una confortable lejanía. No sintió angustia, ni temor.

Tal como había prometido, el Dr. Ellis entró en la sala a las nueve en punto. Encendió todas las luces de la sala, que sustituyeron a la luz tenue que había permanecido encendida toda la noche. John se despertó lentamente y abrió los ojos. Se encontraba bien. La migraña había desaparecido

por completo y sentía una sensación relajante. El Dr. Matt se aproximó hasta situarse junto a la camilla.

- ¡Buenos días, John! -saludó alegremente-, ¿ha descansado bien?

John asintió lentamente con la cabeza, sin decir nada. El médico le señaló un extraño aparato de forma cónica, mientras decía:

- En, fin, John, como le decía ayer, vamos a tratar de cambiarte la vida. Intentaremos hacer de usted una persona más feliz, ¿qué le parece?

- Adelante -fue todo cuanto John pudo decir. Pasada la borrachera de la noche anterior, sintió en principio cierto recelo. A fin de cuentas, pensó, aquella situación no era en absoluto normal. Todo aquello que le estaba pasando era muy extraño. No sabía quién era aquella gente ni en qué lugar se encontraba. No obstante, aquella posibilidad de mejorar su infeliz vida le mantuvo en su decisión de dejarse llevar. A fin de cuentas, siempre estaría a tiempo de detener el proceso y largarse de allí si las cosas se torcían. Así pues, decidió dejar que el médico se explicase.

- Comenzaremos con unos análisis. Sangre y orina. En este aparato haremos la parte más importante. Como verás, nada extraño ni doloroso.

Le extrajeron en primer lugar una muestra de sangre, que fue introducida en una probeta. Posteriormente tomaron una muestra de su orina, e introducida igualmente en una probetas, colocó ambas muestras en una pequeña máquina. Al momento, una moderna impresora comenzó a emitir unos papeles con los resultados. El Dr. Matt los leyó en silencio y, tras doblarlos, los guardó en el bolsillo de su bata.

Bien, John -dijo el médico señalando nuevamente el gran aparato cónico-. Ahora es importante que permanezcas quieto. Te meteremos en esta máquina. No te preocupes por nada. El aparato tomará imágenes de tu cuerpo, pero no te causará dolor ni molestia alguna, ¿de acuerdo?

Nuevamente John asintió sin decir palabra. Sin sacarlo de la camilla, el doctor lo introdujo en aquel

aparato, en el que estuvo entrando y saliendo varias veces por espacio de una media hora. Por fin, el propio Matt ayudó al paciente a levantarse de la camilla de la que no se había movido desde el momento de su llegada y a sentarse en una silla.

El médico fue de nuevo a la impresora para recoger los resultados de las nuevas pruebas. Estuvo durante unos minutos estudiándolos. Finalmente se sentó frente a John.

- En fin, John -dijo-. Le voy contando lo que hemos encontrado y las terapias que aplicaremos para resolverlo. Afortunadamente, no hay nada grave, y mucho menos nada que no tenga un remedio al alcance de nuestros medios y conocimientos. Como le he dicho anteriormente, creo que conseguiremos una rápida y eficaz mejoría en su calidad de vida. Tenemos cuatro diagnósticos. ¿Está listo para escucharlos?

- Adelante -dijo John. Era la primera palabra que pronunciaba desde que el Doctor Matt lo despertara a las nueve de la mañana.

- Bien. En primer lugar, tiene usted la próstata muy crecida. Ese problema se solucionará con una sencilla operación no invasiva. La realizamos con un rayo similar al láser, para que se haga una idea. Es un proceso rápido y limpio, absolutamente indoloro, que no requiere ni anestesia. ¿De acuerdo, John?

- De acuerdo -asintió McSilvie.

- El segundo lugar, hemos encontrado unos niveles altos de colesterol. Lo resolveremos con una simple inyección con la que introduciremos en su sangre una combinación especial de sustancias que solucionarán el problema para siempre. Es una terapia preventiva, ya que sus niveles de colesterol no suponen para ti riesgo alguno a corto plazo. Pero conseguiremos evitar que a partir de un tiempo, pongamos diez o doce años, sufra un infarto. Como sabe, un nivel alto de colesterol es una de las principales causas de infarto. Evitaremos que eso suceda, ni en diez años ni jamás. Estabilizaremos para siempre ese colesterol, ¿qué le parece, John?

- Supongo que bien -contestó el paciente. Nunca se había preocupado lo más mínimo por su

salud.

- El tercer diagnóstico y su solución le van a parecer más útiles -aseguró el Doctor Matt esbozando una sonrisa-. Sufre usted unas migrañas insoportables, ¿no es así?

- Es verdad -contestó McSilvie, que comenzó a sentir una verdadera curiosidad-. ¿Eso lo han dicho los resultados del estudio que me acaban de hacer?

- En efecto. Hemos hallado un foco neurológico influyente. Si no ponemos remedio, usted estará condenado a padecer migrañas el resto de su vida. Es muy molesto, como usted ha comprobado, convivir con eso. Como solución le pondremos una inyección intramuscular de acción perpetua. Se trata de un combinado analítico llamado Medox-3. El problema quedará resuelto en adelante y para siempre, como el del colesterol. Una inyección y no habrá migrañas nunca más. Su calidad de vida mejorará notablemente, ¿de acuerdo?

- ¡Eso sería estupendo! -exclamó John-. Esos malditos dolores de cabeza no me dejan vivir.

- Tenemos un cuarto diagnóstico -el Doctor Matt aproximó su silla a la de John y adoptó un tono muy serio-. Es el más importante y complejo de todos. Se trata de la actividad cerebral. En los orígenes de nuestra especie, el Ser Humano funcionaba con apenas un 10% de su capacidad cerebral. Con el paso de las generaciones y la evolución de la especie, esa capacidad se elevó hasta un 60% que es la cifra media habitual hoy en día. Esa capacidad no se emplea en su totalidad. Se activa hasta un 50%, ¿entiende lo que trato de explicarle, John?

- Creo que sí -contestó John.

- Bien. En su caso hemos encontrado una funcionalidad del 40% y una actividad del 30%. Son unos índices un poco más bajos de la media. Nosotros estamos en condiciones de conseguir una funcionalidad del 100%. Activaremos en un principio un 80% de su capacidad cerebral. En un futuro, nos volveremos a encontrar y veremos si podemos llevarla también al 100%. Tendremos que repetir las pruebas que te hemos hecho más adelante para confirmar si eso es posible. En todo caso, tu cerebro estaría activado en un 80%, lo que supone un 20% más de lo que es habitual...

- Un momento -interrumpió John-. Todo esto me parece muy prometedor, de verdad. Pero

también me parece un poco extraño. Tengo la impresión de que quieren experimentar conmigo. Entiéndame, Doctor. No me conocen de nada, no me cobran por todas estas pruebas ni por sus tratamientos. No sé... es todo muy rápido. No sé si estoy preparado para esto. No sé quiénes son ustedes, ni qué lugar es éste. Lo del cerebro me da mucho miedo. Si algo sale mal...

El Doctor Matt escuchó en silencio con gesto comprensivo. Dejó hablar a John sin interrumpirlo. Finalmente, cuando John terminó de hablar, tomó la palabra.

Le entiendo perfectamente, John. Créame que sé perfectamente lo que está pasando por su cabeza en este momento. Sólo puedo prometerle que todo saldrá bien y pedirle que confíe en nosotros. No puedo explicarle los motivos que nos llevan a hacer lo que hacemos. Puede que algún día, cuando llegue el momento, estará usted en condiciones de comprenderlo. Pero le pido que reflexione durante unos minutos. Su vida es en este momento insufrible. Recuerde en qué estado lo recogimos ayer. ¿De verdad quiere pasar así lo que le quede por vivir? Piense, John. Lo que le ofrezco es una vida nueva. Le regalaremos un futuro que hoy no tiene. Un futuro brillante. Nadie más que nosotros podemos ofrecérselo. Pero no podemos obligarle en modo alguno. La decisión la tiene que tomar usted, John. Si decide no hacerlo, le abriremos la puerta y usted saldrá de aquí tal como entró, y regresará a su vida. Si por el contrario decide confiar en nosotros y en nuestro tratamiento, sólo puedo ofrecerle mi palabra de que todo lo que le prometido se cumplirá. ¡Una nueva vida, John! Una vida plena en todos los sentidos. Sin dolores de cabeza, sin molestias y con un cerebro privilegiado.

John McSilvie permaneció unos minutos en silencio, mientras el Doctor Matt lo miraba con indulgencia.

-Doctor, no tengo nada que perder. Hagan conmigo lo que quieran. Pongo mi vida en sus manos. Solamente le pido que si algo sale mal, acaben conmigo. No quiero pasarme la vida como un vegetal. En fin, creo que estoy loco al aceptar, pero está decidido.

- Gracias, John -sonrió el Doctor-. No le defraudaremos.

El Doctor Matt pulsó un interruptor y un equipo de hombres y mujeres entraron en la sala. Iban

todos vestidos con batas blancas. Se entretuvieron unos momentos revisando los diagnósticos impresos y escuchando las instrucciones Doctor.

Siguieron el procedimiento en el mismo orden en que Matt había explicado a John los diagnósticos. En primer lugar desnudaron al paciente y lo acostaron sobre una camilla. Allí le aplicaron el rayo para resolver el problema de su próstata. Tal como le había prometido el Doctor, John no sintió absolutamente nada, a pesar de la ausencia de anestesia. Llegó a pensar que realmente no le estaban haciendo nada más que iluminar su cuerpo con aquel extraño rayo.

-¿Ya está? -preguntó al apagarse el rayo.

- Ya está. Ahora le pondremos las dos inyecciones -dijo una enfermera-, ¿qué tal se encuentra, John?

- Perfectamente, la verdad.

Las inyecciones fueron rápidas, una detrás de la otra, apenas en un minuto.

Pasaron acto seguido al tratamiento del cuarto diagnóstico. John fue introducido en una máquina cilíndrica, parecida a la anterior. En esta ocasión, sin embargo, John fue deslumbrado por una serie de luces deslumbrantes que emitían rayos y reflejos. Un ruido intermitente bombardeaba sus oídos.

Tras unos veinte minutos, lo sacaron de allí.

- Todo va bien, John -dijo la misma enfermera que le había hablado anteriormente-. Vamos a descansar un momento y volveremos a introducirlo en la máquina una vez más. Con eso habremos terminado.

- Estoy un poco mareado -dijo el paciente.

- Es normal, John -intervino el Doctor Matt-. Se trata de un efecto del tratamiento. Piense que estamos efectuando un cambio drástico en su cerebro. El mareo se incrementará todavía un poco más en la segunda sesión, pero muy levemente. No debe preocuparse. Todo se desarrolla según lo previsto, con total normalidad. Vamos a terminar ya, ¿está listo?

John asintió sin decir nada. Volvieron a introducirlo en la maquina y los reflejos y los destellos aumentaron de intensidad, así como el ruido intermitente. Tal como le había anunciado el médico,

el mareo que sentía se incrementó levemente. Pasados otros veinte minutos, volvieron a sacarlo.

- Bien, John. Hemos terminado. Le pondremos una última inyección. Se trata de un calmante para acelerar la desaparición del mareo. Ahora toca descansar. Dormirá por espacio de una hora y se despertará totalmente despejado.

Le pusieron la inyección y en efecto se quedó dormido al instante. Transcurrida una hora, comenzó a despertarse lentamente. A su lado vio al Doctor Matt y a un par de enfermeros.

- ¿Cómo se encuentra, John? -preguntó el médico.

- Perfectamente -contestó incorporándose. Movi6 la cabeza con suavidad a uno y otro lado. Realmente se encontraba mejor que nunca. Lo veía todo con claridad.

- Estupendo. Si lo desea, un auxiliar le afeitará y le cortará el cabello. Esto ya no forma parte del tratamiento, obviamente -añadió sonriendo-, pero ya que saldrá de aquí como un hombre nuevo, no está de más renovar su aspecto, ¿le parece bien?

- ¡Me parece muy bien! -contestó John.

Siguió al auxiliar hasta otra sala, donde procedieron al afeitado y al corte de pelo. Realmente parecía otra persona, pensó.

Acabado el aseo, volvieron a llevarlo ante el doctor Matt.

- Bien, John. Tiene usted un aspecto estupendo. Ahora debo pedirle un último favor. Como verá, poca cosa -dijo tendiéndole unas hojas y un bolígrafo-. Se trata de que cubra unos sencillos test de control, para comprobar que todo está en orden. Cuestión de procedimiento.

John cogió los papeles y los cubrió con rapidez. Al terminar, el Doctor Matt echó un rápido vistazo.

- Todo perfecto, como era de esperar -dijo-. Bien, hemos terminado. Nos hemos tomado la libertad de prepararle un traje nuevo. Está sobre esa silla -añadió señalándola-. La ropa que traía usted ayer presentaba un aspecto lamentable. Bajo el traje encontrará sus llaves y su cartera.

John se vistió con rapidez. Realmente aquel traje parecía cortado a medida.

- Bien -dijo al terminar de vestirse-. ¿Eso es todo?

- Una última cosa, si me lo permite. Un consejo. Usted notará inmediatamente los cambios que le hemos proporcionados. Aprovechélos, John.
- Lo intentaré. ¿Nos volveremos a ver, Doctor?
- Sin duda.
- ¿Cómo podré localizarle?
- Oh, no se preocupe por eso. Nosotros contactaremos con usted.
- En fin, pues hasta pronto -dijo John tendiéndole la mano.
- Hasta pronto, John -contestó el Doctor estrechándole la mano-. Le acompañarán a la salida. Allí encontrará un taxi que le llevará hasta donde usted desee. En su cartera encontrará una pequeña cantidad de dinero que hemos puesto allí para que pueda afrontar sus primeros gastos. Después, todo dependerá de usted. Sé que saldrá adelante.

John, convertido en una nueva persona, aunque todavía sin tiempo de haber comprobado su nuevo potencial, salió de aquel lugar y pidió al taxista que lo condujera a la casa familiar. La mansión de la familia McSilvie.